

**«Jamás harás lo uno de otras cosas si primero
no eres uno tú mismo»**

Recibido: 14/01/2015

Aprobado:06/07/2015

Desde el punto de vista de la alquimia, explicado por Jung, la experiencia de la Totalidad humana implica los siguientes pasos: *El negro, nigredo, es el estado inicial, o como propiedad de la prima materia, del caos, o de la massa confusa, de antemano existente o creada por descomposición (solutio, separatio, divisio, putrefactio) de los elementos. Presupuesto el estado de descomposición, como sucede en ocasiones, entonces se produce una unión de las contraposiciones mediante la unión de lo masculino con lo femenino (coniugium, matrimonium, coniunctio, coitus) y aparece la muerte del producto de la unión (mortificatio, calcinatio, putrefactio) con el ennegrecimiento correspondiente. Desde el nigredo, el lavado (ablutio, baptisma) conduce o directamente al emblanquecimiento, o el alma (anima) que ha salido del cuerpo a causa de la muerte es reunida de nuevo con el cuerpo muerto para dar vida a éste, o los muchos colores (omnes colores, cauda pavonis) conducen a uno sólo, el blanco, que contiene todos los demás.*

Con esto se alcanza la primera meta principal del proceso, concretamente el albedo, tinctura alba, terra alba foliata, lapis albus, etc., que ha sido tan sumamente elogiado por muchos como si la meta se hubiese alcanzado en realidad. Es el estado plateado o lunar, el cual, sin embargo, debe ser elevado hasta el estado solar. El albedo es, en cierto modo, el crepúsculo; el rubedo es ya la salida del Sol. La transición al rubedo constituye el amarilleamiento (citrinitas), el cual, como se ha mencionado, decae con posterioridad. Después sale el rubedo directamente del albedo mediante aumento del fuego

hasta el grado máximo. Lo blanco y lo rojo son reina y rey, que también pueden celebrar en esta fase sus nuptiae chymicae.

Esta forma de presentar la alquimia no pretende únicamente acercarse a la explicación racional de un determinado fenómeno, algo que desde luego hace, sino que es más propiamente, o se podría decir, más íntegramente, la exposición de un proceso simbólico que busca comunicarse con la necesidad y capacidad simbólica de quien lo pueda percibir como tal. Son símbolos que quieren despertar símbolos. Es racional e irracional, ciencia y poesía al mismo tiempo. El alquimista proyectaba sobre la materia, en gran medida inconscientemente, su propio proceso interior. Es el mismo proceso al que están siendo conducidos algunos científicos porque tal parece que la hiperconsciencia de la materia terminará por colocarnos otra vez en el camino de la mística, pero no ya la mística como excepción sino la mística como regla

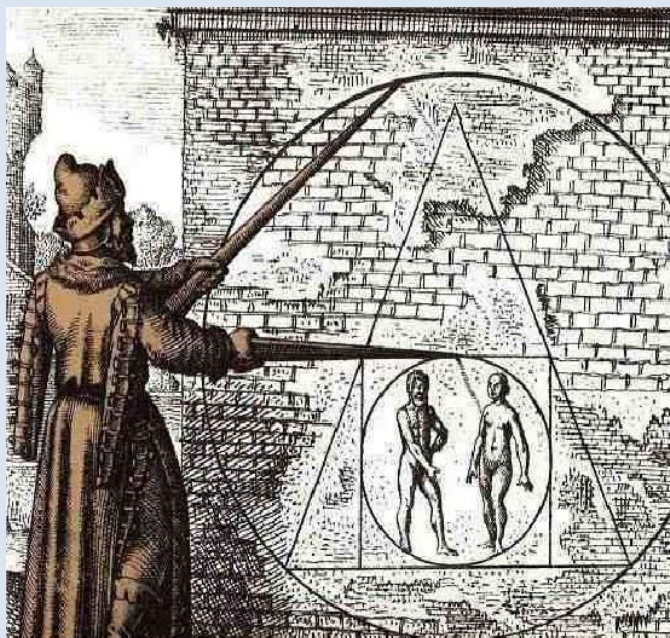


Imagen tomada con fines académicos de <http://templo-kaori.blogspot.com.co/2010/08/1a-alquimia-la-ciencia-para-poseer-el.html>

Acostumbrarnos a lo que realmente somos, a nuestra Totalidad, será un proceso por lo menos tan arduo y complejo como el que nos permitió acostumbrarnos a lo que «pensamos» o «creímos» que éramos. La metáfora alquímica es apenas una de las muchas simbologías posibles que intentan decir

«algo» acerca de ese proceso que de ninguna manera es irracional pero que tampoco puede ser reducido a códigos puramente racionales. No hay nada

que inventar a la hora de buscar los instrumentos que hagan posible orientarse en ese camino, la naturaleza humana es Sagrada y a lo Sagrado en su Totalidad sólo se puede acceder a través de experiencias religiosas. Los que en vísperas del diluvio hoy piensan que en el Arca de Noé lo que hay que salvar son las tecnologías de punta, los genes descifrados, las armas súper poderosas, no pueden estar más equivocados: lo que hay que salvar son las religiones. Religiones en plural, no las dos o tres que se consideran «verdaderas».

Que el Cosmos sea una *realización* de lo Sagrado y que la identidad humana sea Sagrada, hace que la «encarnación» consista en la *realización*, en la experiencia de lo que lo simbólico nos revela en nosotros mismos de nosotros mismos. No se trata de proyectar sobre la conciencia la sombra de la parte de nuestro ser que no podemos conocer racionalmente para imaginarnos que la percibimos como una «idea», para hacernos una «imagen», se trata de que seamos los símbolos que somos cuando *realizamos* nuestra Totalidad. Lo que nos diferencia de la naturaleza no es la razón ni nuestra capacidad de elaborar símbolos, es la necesidad y la capacidad de existir simbólicamente. Nuestra palabra no es Palabra porque comunica sino porque crea, pero para crear tiene que comunicar. Creación y comunicación no son dos momentos diferentes, son Un solo momento que sucede a medio camino entre lo racional y lo simbólico.

La mística no habla de Dios, no se preocupa por «conocerlo» en el sentido racional, es una experiencia de lo Sagrado. Y si lo que hay que salvar hoy son las religiones es precisamente para no perder la información que nos permita seguir sobreviviendo como materia, para poder seguir siendo parte de la naturaleza. La materia *sucede* como una realización de lo Sagrado y lo único

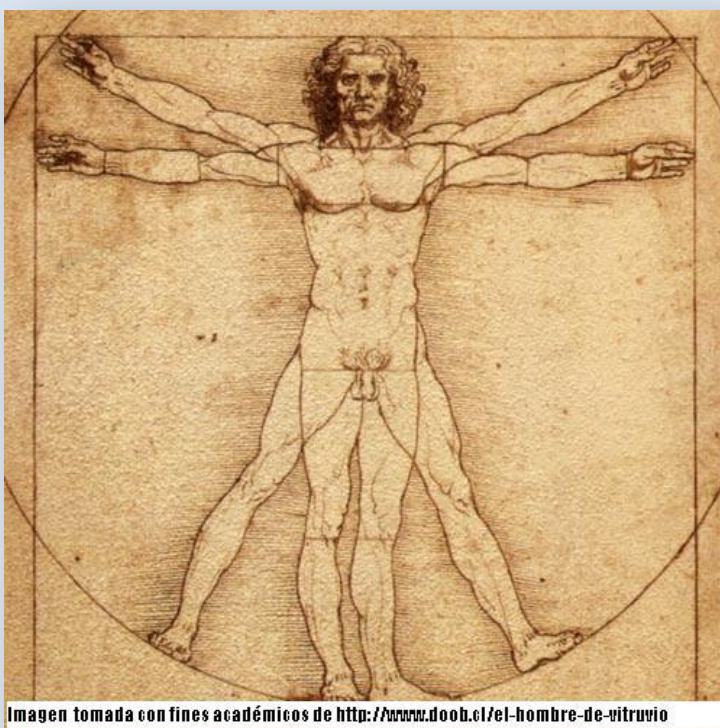
que nos puede garantizar como seres humanos hacer parte de esa realización es *suced*er nosotros mismos como una realización de lo Sagrado, es decir, hacer de nuestra existencia una experiencia religiosa. La consciencia le da al ser humano la posibilidad -y le impone la responsabilidad- de optar, pero esa opción no puede ser libre y menos acertada cuando la hace negando o reprimiendo los datos de sí mismo a los que no puede acceder con su consciencia.

La Totalidad del ser humano le impone a su libertad y a sus opciones una cuota de «misterio», lo obliga a no renunciar a cierta forma de ceguera; no sólo conduce sino que es conducido. De hecho su conducción acertada consiste en cualificarse para que el ejercicio de su libertad consista en ser conducido. Rebeldía y Obediencia, hacer y dejarse hacer, no son en el ser humano dos momentos diferentes ni un proceso en el que lo uno desemboca en lo otro: siempre y en todo instante son las dos caras inseparables de la misma moneda. Esa paradoja no se puede resolver racionalmente porque es *la forma más aproximada de abarcar la inmensidad de la vida*, sólo se puede soportar y transitar *sucediendo* simbólicamente.

Toda existencia humana es heroica, no por los esfuerzos sobrehumanos que pueda implicar, o por su capacidad de adhesión formal a un estereotipo de lo Sagrado dictado desde afuera, sino porque tiende a realizar algo que sólo los lenguajes míticos y simbólicos pueden expresar: su propia identidad Sagrada. Quizá nada en el Cosmos tenga una existencia «exterior»; quizá lo que nuestros sentidos nos permiten percibir fuera de nosotros no sean más que las consecuencias de Una Única experiencia interior; quizá sea precisamente nuestra propia experiencia interior la que crea la materia, los abismos

espaciales y los cuerpos que giran en ellos; y quizá es nuestra propia energía la que genera las fuerzas que hacen posible su sostenimiento armónico.

Tal vez cuando el último ser humano deje de existir cese también esa consecuencia fantástica de nosotros mismos que llamamos Universo. Desde luego, la hipótesis contraria también es válida, puede ser que la extinción de la especie humana, que sobrevivió durante un lapso de tiempo insignificante aferrándose a una mota de polvo cósmico no afecte para nada a un Universo que seguirá su curso inmutable; quizá somos no más un boceto incompleto, un accidente provisional de la experiencia interior de «Otro», una fantasía que sólo después y quién sabe de qué forma se transformará en realidad.



Sea como sea el ser humano es el único que conocemos capaz de percibir simbólicamente la realidad y que por eso mismo tiene una voluntad simbólica. Percibir simbólicamente la realidad quiere decir darse cuenta

de que la existencia, de que cualquier cosa que exista, es la realización de una Totalidad imposible de ser descompuesta en partes separadas o reducida a fórmulas matemáticas; y tener una voluntad simbólica quiere decir que

necesita hacer de su existencia un acto de comunión con esa Totalidad para encontrar su sentido. El ser humano es una Totalidad que necesita reconciliarse consigo misma mediante el ejercicio de su libertad. Al sentido, que es lo que de hecho sostiene su existencia a pesar de sí mismo, sólo puede acceder teniendo una experiencia Total de sí mismo.

Lo Sagrado tiene en el ser humano la necesidad de hacerse consciente, de reconocerse a sí mismo. La forma de consciencia necesaria para eso sólo se puede hallar en ese punto donde la variedad de formas de consciencia humana, desde las más primitivas a las más contemporáneas, se reconocen como ramas que se desprenden de un mismo tallo alimentado por Una sola raíz. Para que la experiencia religiosa humana se *aproxime* por lo menos a *abarcarse la inmensidad de la vida*, tiene que nutrirse de vertientes muy diversas sin perder el sentido de su *sucedere* como Unidad.

Ese proceso de nutrición sólo lo puede vivir cada uno permaneciendo en su propia rama porque: *Jamás harás lo uno de otras cosas si primero no eres uno tú mismo.* Los alquimistas, continúa Jung: *son personas marcadamente solitarias; cada uno dice lo suyo a su manera. Raras veces tienen discípulos, y parece haber sido muy escasas la tradición directa; en la misma poca medida se puede probar la existencia de cualesquiera sociedades secretas y similares. Cada uno ha trabajado para sí y sufrido en su soledad. En cambio, han disputado poco entre ellos. Sus escritos aparecen relativamente exentos de polémicas, y la forma en que se citan unos a otros permite reconocer una asombrosa coincidencia de principios, aunque no se pueda comprender en qué coinciden realmente.*

Es poco lo que se encuentra de sutilezas de derecho y de diversidad de conceptos, aspectos que afean a la teología y la filosofía. El motivo de esto probablemente se basa en el hecho de que la alquimia «auténtica» jamás fue un negocio ni una carrera, sino un verdadero «opus», que el alquimista realizaba en un trabajo callado y lleno de sacrificio. Se tiene la impresión de como si cada uno hubiese intentado prestar expresión a su experiencia particular y añadirle los dicta de los maestros que a él le parecían contener algo similar.

A lo común, a la raíz Una, no se llega saltando entre las ramas sino profundizando en la *experiencia particular*. Cuando las religiones desdibujan su dimensión esotérica -interior- desconfían de la experiencia de lo Sagrado que ellas mismas implican y colocan el énfasis casi por completo en sus aspectos exotéricos: catequesis, doctrinas, rituales y liturgia. En el cristianismo eso ha significado que las paradojas expresadas en sus dogmas, entendidas de una forma exterior, dejen de ser el fermento de una experiencia de lo Sagrado y terminen *siendo unas curiosas reliquias del pasado, anticuadas en definitiva*.

La gran mayoría de los cristianos hoy *jamás ha tenido experiencia de las imágenes sagradas como de algo que se posee interiormente y nunca ha tenido conciencia del parentesco de dichas imágenes con su propia estructura anímica*. Las paradojas, el que por ejemplo una virgen pueda ser madre, no son afirmaciones en las cuales «creer» como se podría «creer» en un suceso que implica un atajo o una subversión de la lógica biológica, son expresiones simbólicas de aquello en lo que consiste «poseernos interiormente a nosotros mismos»; no son ideas que diferencian nuestra imagen de Dios de otras imágenes de Dios, son una revelación de nuestra propia *estructura anímica*.

Hay que ir más allá de la razón para tener una experiencia Total de nosotros mismos, para *realizar* nuestra identidad Sagrada, por eso no hay ningún lenguaje racional que sea capaz de «pronunciar» esa experiencia, sólo lo pueden hacer los lenguajes míticos y simbólicos en tanto que rompen los límites de nuestra racionalidad, no porque nos informen desde fuera de nosotros mismos sino porque nos revelan cuál es nuestra real *estructura anímica* permitiéndonos reconocer nuestra propia *imagen Sagrada*.

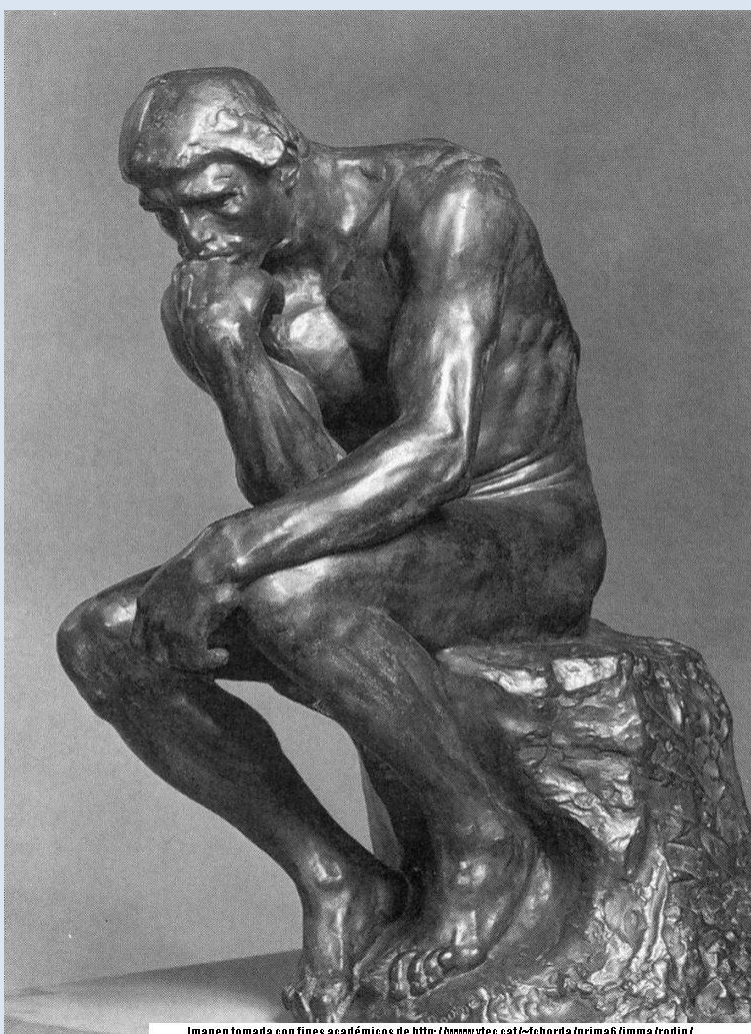


Imagen tomada con fines académicos de <http://www.usdes.cat/~fchorda/urima6/irma/rodin/>

Quienes en todas las tradiciones se han adentrado en el camino esotérico han procedido siempre de esta manera: trabajo en soledad, atención a la expresión de la experiencia particular y añadido de los dicta de los maestros que parecen contener algo similar, todo esto sin favorecer disputas, alejándose de las polémicas, sin caer en la telaraña inútil de las sutilezas del derecho y la diversidad de los conceptos... llegando entre ellos a *una asombrosa coincidencia de principios, aunque no se pueda comprender en qué coinciden realmente*. Esa incomprensible coincidencia de principios es la única que

puede dejar atrás las diferencias entre las ramas, las disputas, las polémicas, las sutilezas del derecho y la diversidad de conceptos, para lograr una paradójica experiencia de la Única raíz común.

La realización de la Unidad no será nunca un consenso exterior de «qués», de contenidos racionales, sólo la podremos hallar, *sucedíéndola*, si cada uno se atreve a la profundidad paradójica de su propio «cómo». Aceptar simplemente ser Todo lo que somos es la carga que nos impone la consciencia, pero ese Todo tiene dimensiones a las que sólo podemos acceder renunciando a cualquier modo de consciencia que sea incapaz de abarcarlo plenamente. Que lo que somos sea necesario aceptarlo libremente es una paradoja que no se puede solucionar organizando de una determinada manera lo que nos parece «exterior»; nadie desde fuera de nosotros mismos puede enseñarnos la proporción entre razón y símbolo, cada ser humano tiene en sí la semilla de una forma propia de alcanzar esa proporción adaptada a su tradición, a su cultura, a su religión.

Las religiones «oficiales» consideran peligroso -desde el punto de vista moral y de su propia supervivencia institucional- tomar en serio el Todo que cada ser humano es y se concentran por eso en establecer una suerte de comportamientos promedio que repriman el acceso personal a esos rincones oscuros y peligrosos y garanticen una plácida y controlable uniformidad. En la situación actual eso ya no tiene ningún sentido. La que se podría llamar lógica paradójica nos está enseñando que justamente en medio del comportamiento promedio impuesto por occidente, todo lo reprimido florece de formas inesperadas y virulentas.

Hoy, más que nunca antes en la historia, cada ser humano es un símbolo y la última escala de occidente está consistiendo en la manipulación de esa necesidad simbólica para su propio provecho. Los monstruos alimentados por semejante insensatez no se podrán contener con ninguna «política exterior» porque son precisamente las hijas e hijos huérfanos de una «política interior». *El negro, nigredo, el estado inicial*, no se instala en su transcurso hacia la luz en ningún tipo de colorido, aunque pueda ser *tan sumamente elogiado por muchos como si la meta se hubiese alcanzado en realidad*, sólo encuentra su *realización* cuando se celebran las *nuptiae chymicae*. Es que, como decía santa Hildegarda de Bingen: *El alma proviene de la armonía divina, ella es sinfónica*. La existencia es un problema musical. No de «técnica» musical porque como afirma la misma santa: *compuse cantos y melodías en alabanza de Dios y a los Santos, sin enseñanza de ningún hombre, y los cantaba, sin haber estudiado nunca ni neumas ni canto*. La *estructura anímica* humana está hecha para componer, no para organizar. Desde luego la música necesita organización, pero su comprensión es una forma de comunión que va más allá de cualquier orden lógico. Al músico y a quien experimenta la música la organización necesaria se les da como una añadidura de la que ni siquiera tienen que ser conscientes.

Lo más primitivo del ser humano, su asombro ante la Sinfonía Cósmica, es un Todo que quiere ser conducido a la celebración de unas nupcias. Cuando lo masculino y lo femenino de Todo llegan a ser Una Sola carne no hay qué ni cómo, *sucede* la música, se interpreta la Sinfonía; y dentro del *suceder* de la música nada tiene proporción por sí mismo, nada es bueno o malo, nada es grande o pequeño, nada se compara con nada: hacer parte de la Unidad, de la armonía que fluye, es lo que tiene y da sentido.



Fernando Torres Pedroza

Bolivia-Colombia

El autor

Realizó estudios de literatura y sociología en Bogotá. Durante 18 años trabajó en Bolivia con comunidades Quechuas en las áreas de salud, educación, formación de promotores comunitarios y ordenamiento territorial. Ha publicado dos libros: "Monjes Somos Todos" y "Bolivia: Infinito y Austeridad".

Correo: richarysani@gmail.com